

Eco advierte, más allá de esta compacta construcción catedralicia, la existencia de una suerte de romanticismo medieval (Occam, Autrecourt), que ve en el orden un constructo de la inteligencia, pero no una realidad universal. Los objetos son distintos e irregulares y su jerarquía, obra del sujeto. De este desajuste entre el hombre y el mundo nacerá el humanismo renacentista, anunciado en la exaltación subjetivista de la caballería, la lírica trovadoresca, Dante. El hombre no será ya parte de un orden, sino hacedor de un orden que vendrá, pues la creación lo ha situado en su centro a tal fin.

Releer el pasado es encontrarse en él y así es como Eco, con Joyce y Maritain, por ejemplo, encuentra, en espejo, huellas medievales en la estética contemporánea, que, de vuelta, estimulan el interés del hoy por un ayer que es el hoy de los ancestros.

Josep Pla. Biografía del solitario, Cristina Badosa, traducción de Carmen Francí Ventosa, Alfaguara, Madrid, 1997, 355 págs.

Con motivo del centenario de Pla están apareciendo textos que entran y salen de la vida y la obra del escritor ampurdanés. Es difícil separarlas: Pla ha hecho crónica, historia, dietarismo, semblanzas del natural (sus famosos e intraducibles *homenots*). No es complicado seguirle los pasos, aunque sí prolijo. Cumplidas biografías como las de Lluís Bonada y Xavier Febrés nos

han anoticiado con puntualidad del anecdotario Pla.

Badosa añade a estos elementos el hecho de haber tratado largamente a Adi Enberg, la mujer de Pla o, al menos, la que más se pareció a una figura de compañera matrimonial. Enberg, una danesa de Barcelona, de educación cosmopolita y urbana, soportaba mal las ínfulas maritales de don Josep y su noción de la compañía femenina. Por eso, su testimonio es insustituible para entrar en recodos íntimos de la historia personal de Pla.

Lo demás es muy sabido: origen familiar, vocación, trabajo, viajes, compromiso político con el catalanismo de Cambó, el bando franquista en la guerra, el espionaje aliado, un intento de recuperar la identidad cultural catalana la posguerra civil. Badosa explora con detalle el costado sórdido del mundo planiano: su gusto por el burdel suburbano, su desaliño, su tacañería, su pose tardía de payés con muchas horas de cabotaje por los puertos del mundo y las pensiones de las grandes capitales.

Badosa ha trabajado a conciencia, con escrúpulo curricular, sin ahorrarse detalles morosos. Conoce y entiende la dispersa y rolliza obra de Pla, comprende algunos rasgos de su psicología y, quizá, ahondando en su aspecto individualista y solitario, desdeña un análisis de época, en el cual sus colegas han trabajado mejor. Pero como diarario de Pla, como Pla *pam a pam*, el texto es valioso y justifica el detallismo de la biografía.

El mago del Norte. J.G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno, Isaiah Berlin, edición de Henry Hardy, traducción, introducción y notas de Juan Bosco Díaz, Tecnos, Madrid, 1997, 243 págs.

He aquí uno de los más recientes textos de Berlin, pues data de 1993, y uno de sus habituales estudios expositivos sobre un *maitre à penser*. Claro, ameno, modélico de orden, balanceado de juicios: un dechado berliniano de siempre.

¿Por qué revisar a Hamann? En castellano, ante esta traducción, por la escasez bibliográfica. En general, porque Hamann, antecesor salvaje, ingenuo y perverso del romanticismo, hizo una crítica arrasadora de la Ilustración y planteó la duplicidad, a menudo riesgosa y mortífera, del adviniente movimiento romántico.

La Ilustración propuso categorías universales y absolutas (fue, en esto, avasallante y totalitaria), ignoró el cuerpo, separó al individuo de la abstracción, profanizó el saber, sometió cualquier certeza a discusión y duda.

Hamann, por el contrario, rescató el carácter vivencial del saber, su origen pasional y sobrenatural, el sesgo milagroso y continuo de la realidad, la corporeidad y hasta sexualidad del conocimiento, la insuficiencia de la razón y la pluralidad variable e infinita de las relativas culturas humanas.

Por el lado libertario, su prerromanticismo es un clamor de libertad, de insumisión e indeterminación, hecho, en buena parte, por los

vencidos de la historia. Pero también es oscurantista, concibe la vida como guerra y al otro como un estorbo ontológico de la verdad. En su aspecto más fecundo, Hamann anticipa toda la meditación simbolista sobre el lenguaje y el arte, que está hecho con signos y no es la mera traducción de ideas o pensamientos a signos.

Peligroso o indispensable, anárquico, amorfo y sugerente, el «mago del Norte» nos anunció un siglo de dioses corpóreos, pasiones sanguinolentas, alto y bajo romanticismo.

La promesa del alba, Romain Gary, traducción de Noemí Sobregués, Mondadori, Barcelona, 1997, 296 págs.

Novelista afortunado (recordemos *Las raíces del cielo* o *Educación europea*), héroe de guerra, diplomático, director de cine, imagen del gran mundo, Gary era ruso de nacimiento y se «afrancesó» a los catorce años, hasta volverse de un patriotismo eficaz y exagerado, como consta en este libro de memorias.

El buen memorialista es como el buen novelista: halla una clave del relato y la va alimentando con episodios. La clave de Gary (aclaremos que se trata de un pseudónimo) es la relación con su madre. Ella borró la figura del padre, tal vez un judío que murió cobardemente en un campo de exterminio nazi, se asumió madre-padre y le hizo prometer a Romain, en el alba de su vida, que iba a vencer: en el deporte, en la guerra, en la literatura. La presencia

de la madre, física o fantasmática, lo mantiene umbilicalmente vivo, aun cuando sigue recibiendo cartas falsas y póstumas de ella, sin saber que ha muerto.

Lo demás es tan igualmente novelesco que parece premeditado: los peligros de muerte, las resurrecciones, las falsificaciones maternas en distintas ciudades de Europa, la fundación de un hotel en Niza, en plenos años locos, las escenas de combate aéreo. En todo, Gary muestra su garra de narrador, con las uñas pulidas a la francesa, pero sabiendo seleccionar con maestría los datos en juego.

La promesa del alba no se cumple: el deseo nunca termina de hallar su objeto. La vida sólo es perfecta, entonces, cuando se la considera una obra de arte. Quizá por ello, la tentación del suicidio se esboza repetidamente en el texto. Efectivamente, Gary habría de suicidarse en 1980. Y este debate entre la perfección de la forma, que coincide con la perfección del mundo al amanecer, y la imperfección de la inescrutable vida cotidiana, encuentra en la escritura el protocolo de un pacto, que sólo puede cumplir, cabalmente, el punto final, la muerte.

La invención de España, *Inman Fox*, Cátedra, Madrid, 1997, 224 págs.

El carácter supuestamente natural y realmente ficticio e ideológico de las identidades nacionales y las psicologías de los pueblos, ha sido fuerte en cierta tradición intelectual

hispanica. Abarca no sólo al nacionalismo español, sino a otros bien o mal llamados periféricos (Euzkadi, Cataluña) y los países hispanoamericanos. Maravall y Caro Baroja en su tiempo, como Elorza, Juaristi, Savater y otros en nuestros días, han desmenuzado cabalmente estas construcciones y señalado sus riesgosas consecuencias políticas.

Gracias a un minucioso rastreo de fuentes, sobre todo literarias y de la órbita del 98, Inman Fox hace una historia de las diversas maneras de concebir la identidad de España desde la eclosión del nacionalismo liberal en la segunda mitad del XIX.

Institucionistas, regeneracionistas, tradicionalistas, republicanos, la contradictoria familia del 98, Ortega, el militantismo hispanista de la Dictadura y del nacional-catolicismo, son descritos, fundamentados y contrapuestos de manera clara y didáctica, ofreciendo al lector, además, una cumplidísima bibliografía para ampliar lecturas. Lo mismo cabe señalar en cuanto al examen de los nacionalismos vasco y catalán.

Las naciones son inventos de la cultura y, como tales, apariciones destinadas a cambiar y/o morir. No obstante, la fe en lo inmortal, lo inmarcesible e invulnerable que prometen, promueven la credulidad nacionalista como una de las más oscuras y fuertes maneras de atajar lo perentorio y lo mortal. Como tal radicalismo, a veces se toca con lo que persigue y se torna mortífero. Y en la misma línea, como señala Inman Fox, entra en conflicto con la disolución de las identidades nacionales en

una sociedad industrial avanzada, proclive a las identificaciones minoritarias y cerradas (sectas, clubes, tribus urbanas y rurales, etc.). Un tema vetusto y actual, dramático y pintoresco, como la historia misma.

De senectute y otros escritos biográficos, Norberto Bobbio, traducción de Esther Benítez, Taurus, Madrid, 1997, 249 págs.

«Psicológicamente, siempre me consideré un poco viejo, incluso cuando era joven. Fui un viejo de joven y de viejo me consideré todavía joven hasta hace unos años», confiesa el autor. Un hombre que nunca fue joven llega a anciano (nació en 1909) y, cuando cruza una calle, tembloroso y apoyado en un bastón y en un brazo de su mujer, piensa en los contemporáneos que ya no cruzarán ninguna calle. ¿Qué privilegio o facultad extraordinaria le ha evitado morir antes? ¿Cuándo y cómo ocurrirá ese final que es el único hecho que sólo los demás podrán contar?

Miscelánea más que mixta, este libro contiene artículos y discursos de la vejez de Bobbio, excelente historiador de las ideas y correcto ensayista. Más que sobre los viejos, es el texto de un viejo, que recuenta sus días y advierte que solamente le queda un pasado, suyo en mínima parte, acaso únicamente suyo en tanto lo escribe.

Muchos pensadores han meditado sobre la vejez, sobre sus amenazas, sus miserias, su sapiencia, su serenidad, su desesperación, su indiferen-

cia. El mundo contemporáneo, si bien ha corrido sustancialmente la frontera temporal de la ancianidad, tiende a ignorar la existencia de los viejos y a desdeñar lo viejo como tal. Es una cultura de lo instantáneo, para la cual no importa la precedencia. Sin embargo, los viejos siguen siendo quienes más historias pueden contar y quienes pueden administrar a los jóvenes la única imagen cierta de su futuro: el envejecimiento. El porvenir pertenece más al joven que al viejo, pero el porvenir del joven es su propio perfil de viejo. La paradoja del tiempo así lo exige y el tiempo, que constituye al ser, también lo devora.

El tercero ausente, Norberto Bobbio, traducción de Pepa Linares, Cátedra, Madrid, 1997, 309 págs.

Pietro Polito, fiel seguidor y bibliógrafo de Bobbio, ha recogido los artículos que forman el presente volumen, y que continúan y comentan lo dicho por Bobbio en *El problema de la guerra y los caminos de la paz* (1979). Sustancialmente, Bobbio reitera las tesis pacifistas paradójicamente enunciadas en la época de entreguerras: la solución pacífica de los conflictos entre Estados, a partir de la existencia de un Tercero, democrático y no despótico, dotado de la fuerza suficiente como para imponerse a los contendientes (que serían el Primero y el Segundo).

El planteamiento de Bobbio es confesadamente utópico. Imagina